

## CAPITULO CCLI.

Continúa el movimiento intelectual del reinado de Felipe IV.—Obras filosóficas.—Novelas.

NOTABILÍSIMO era el vacío que en las obras de conocimientos filosóficos y de ciencias exactas debemos determinar en este período, y por la misma razón sorprende tanto el precioso libro escrito por Saavedra Fajardo bajo el título de *Empresas políticas*, en el cual se aduna con maravilloso resultado la filosofía más profunda y el exacto conocimiento del corazón humano, con una libertad desconocida hasta entonces para tratar cierta clase de materias.

Un historiador de nuestro tiempo dice que debió favorecerle mucho haber sido meditado este libro y escrito en extranjera tierra, y positivamente tiene razón.

La censura se mostraba sobradamente severa, y no era posible que pudiese escribirse cierta clase de libros cuya índole especial exige mayor libertad de la que entonces se disfrutaba.

Por lo tanto no encontramos des acertada la opinión emitida por aquel historiador, juzgando que, lejos de las trabas y de las prohibiciones que pesaban en nuestro país, pudo D. Diego de Saavedra Fajardo dar a su pensamiento mayor expansión, y producirse por efecto de esto un trabajo más completo.

«Las *Empresas políticas*, dice el compilador de sus obras (1), bastan por sí solas para caracterizar á Saavedra de diplomático profundo, de gran publicista, de escritor sobresaliente. Están escritas con ciencia, con vigor, con majestad, con energía. Sus períodos, ya abundantes, ya concisos, están generalmente bien acabados y compuestos: ni hay en ellos un afectado esmero, ni un vergonzoso descuido. Es algo incorrecto el lenguaje, pero exacto, severo, profundamente lógico. La gravedad no excluye en él la elegancia, ni el deseo de parecer clara o la armonía. Revelan casi siempre sus juicios aquel tacto magistral de un gran político, aquella experiencia de las cosas humanas que tanto hubiera podido aprovechar á quien había nacido para gobernar dos mundos. Los ejemplos antiguos y modernos, las citas de filósofos é historiadores griegos y romanos, las sentencias útiles y las máximas de estado abundan; las verdades están muchas veces anunciadas con una resolución que admira. Floreció el autor en una época en que habían llegado al más alto grado el respeto y la veneración á los reyes; mas raras veces abre paso en su libro á la lisonja. No estudia sólo las monarquías; examina el origen, la conservación y la caída de las repúblicas; escribe para todos los hombres que pretenden dirigir, bajo cualquier forma de gobierno, los Estados.

«La *Corona gótica*, compuesta sólo por pasatiempo y para evitar la ociosidad en el dilatado congreso de Munster, no reúne la crítica ni la erudición, pero está adornada de gran despejo en las narraciones, de dulzura, armonía y fluidez en el estilo, y de muchas dotes de elocuencia histórica.»

Adolfo Puibusque en su *Historia comparada de las literaturas española y francesa*, premiada por la Academia francesa, dice de Saavedra: «Es el más grande hombre del reinado de Felipe IV... crítico instruido, sagaz y delicado asoció las gracias del ingenio á la gravedad del juicio; sus composiciones políticas, morales y literarias son tales, que el ingenio ateniense habría podido concebirlas, y se comprende solamente que no podrían recibir sino de un español el calor que las anima. No hay más que una voz en España para proclamar á Saavedra el primer escritor de su reinado. Vasta erudición, filosofía profunda, sana moral, conocimiento exacto del corazón humano, ironía fina y suave, estilo puro, concreto y claro, tales son las cualidades eminentes que reúne.»

La *Conservación de monarquías*, de Navarrete, es otra de las obras notables de aquel tiempo, á pesar de los errores que en cuestiones económicas ofrece, errores que no eran patrimonio exclusivo de España sino que se extendían á todas las naciones.

Allí se encuentran multitud de máximas, beneficiosas todas ellas, tanto respecto á la acumulación de bienes en manos muertas, cuanto al crecimiento de las comunidades religiosas, á los graves inconvenientes producidos por las pequeñas vinculaciones y demas que se relacionan con la administración económica de un país.

Prescindiendo de estas obras no podemos citar otra alguna en el período que acabamos de recorrer.

«Por lo demas, dice un escritor de nuestros días, áun en las ciencias teológica y jurídica, en aquellos siglos tan cultivadas, se ve ya cuánto se dejaron llevar los mejores talentos hacia el escolasticismo y el comentarismo que hicieron de las dos ciencias, así en las escuelas como en los libros, dos fuentes de interminables y estériles controversias, de acalorados bandos, de difíciles acertijos, útiles sólo para aguzar los ingenios y ponerlos en tortura, pero con los cuales perdió más que ganó la antigua y sólida teología positiva de los santos Padres y la verdadera ciencia del derecho.»

El drama, la poesía, la bella literatura, si así podemos expresarnos, adelantaron rápidamente, según hemos dicho, llegando á su apogeo, para descender viciadas por un culteranismo exagerado, según tendremos ocasión de ver en el inmediato capítulo.

Antes de terminar éste, forzoso nos es detenernos algunos momentos en uno de los géneros de literatura que también siguieron adelantando durante este período, como fué la novela, que á tan notable altura había llegado anteriormente con Cervantes.

(1) Rivadeneyra, *Biblioteca de autores españoles*, t. XXV.

El español *Gerardo*, de D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, es de los trabajos de este género, uno de los mejores que podemos citar.

En él resplandece la inventiva, mérito el primero que debe tener un novelista, y áun cuando se aglomeran los incidentes, se acumulan las relaciones, llegando á formarse un confuso laberinto, no por eso se debilita el interés.

Es verdad que el lector llega á fatigarse en aquel camino sembrado de obstáculos y de interrupciones, pero debe tenerse muy en cuenta que en la época en que este autor escribía, era este defecto cualidad recomendable todavía.

En cuanto al estilo y las formas se ve ya que Céspedes comenzaba á contagiarse, y las frases conceptuosas, las alisonantes metáforas y las absurdas trasposiciones destácanse en el libro de que nos ocupamos.

En cambio en la descripción de los caracteres, muéstrase Céspedes verdaderamente feliz.

Están bien ideados, defínense con entera claridad y llegan perfectamente sostenidos hasta el fin.

El *Soldado Pindaro*, otra de las obras del indicado autor, supera indudablemente á la anterior, tanto porque en la locución existe más naturalidad y mayor fluidez, como porque el estilo es también mucho más variado y tiene mayor amenidad.

Otro autor, á quien no podemos menos de nombrar, es el célebre músico y poeta Vicente Espinel, que precisamente tres años antes de que comenzara á reinar Felipe IV, en 1618, dió á luz las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon*.

«Libro, como dice D. Cayetano Rosell, muy aplaudido en su tiempo, famoso despues por las imitaciones y controversias á que dió origen, y hoy día muy digno, por más de un concepto, de ser conocido y estudiado.»

Talento armónico, como le califica un eminente crítico, dió á luz dos invenciones notables, como fueron la de añadir la quinta cuerda á la guitarra, que hasta entonces no tenía más que cuatro, y la de una composición de arte menor, llamada *décima ó espíneta*, nombre que tomó del suyo.

Intimo amigo de Lope de Vega, siguió y tuvo en mucho sus consejos, siendo de un carácter tan apacible y benévolo, que no deja de sorprender su enemistad con Cervantes, máxime cuando ambos habían sido desgraciados, cuando ambos habían sido amigos, y cuando los dos estuvieron disfrutando de los beneficios del arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

Sedano en el *Parnaso español* copia el retrato siguiente que hace de sí propio Vicente Espinel, en una de sus epístolas.

«Y quien me ve tan reverendo y gordo,  
Piensa que es del añejo magra lonja,  
O que de rico y perezoso engordo;  
Que aunque este día me pidió una monja  
(Pues le negaba mi presencia y trato),  
Que la haría singular lisonja  
En darle de mi cara algún retrato,  
Que lo tendría en excesiva estima,  
Por contemplar en mi belleza un rato;  
Por darle gusto (que es un poco prima)  
Le envié por memoria de mi rostro,  
Un botijon con un bonete encima.  
Con la gordura tengo una tez de mostro,  
Grande la cara, el cuello corto y ancho,  
Los pechos gruesos, casi con calostro;  
Los brazos cortos, muy orondo el pancho,  
El cenidero de hechura de olla,  
Y do me siento hago allí mi rancho;  
Cada mano parece una centolla,  
Las piernas torpes, el andar de pato,  
Y la carne al tobillo se me arrolla;  
No traigo ya pantuflos, y el zapato  
Injusto y ancho, por mover la corva  
Cortado á ojo, y sin medida el hato.  
Cualquiera cosa para andar me estorba;  
Redondo el pié, la planta de hayeta,  
Las piernas tiesas, y la espalda corva;  
¡Qué gentil proporcion para poeta! etc.»

Publicóse también en esta época con el título de *Los Cigarrates de Toledo*, un volumen bajo la dirección del P. Fr. Gabriel Tellez, conocido generalmente por el seudónimo de *el maestro Tirso de Molina*, volumen que venía á ser una colección de novelas, de las cuales, una pertenece al género festivo, que con fundamento se supone debida á la discreta pluma de Tirso.

En 1624 se publicó asimismo, otra novela, *El Donnado hablador*, escrita por el Dr. Jerónimo de Alcalá.

Esta obra fué bien recibida, aunque en el fondo ofreciese poca novedad el pensamiento.

Merece elogio por su correcta dicción en la parte expositiva de los hechos. En ella introduce el autor el diálogo con poca felicidad, cortando la amena narración y sosteniéndole con frialdad.



EL CUADRO DE LAS MENINAS, PINTADO POR VELAZQUEZ.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO CCLII.

Decadencia de la literatura. — Góngora. — Artes liberales.

Hijo de la época de que vamos hablando y de la necesidad, por decirlo así, de hacer algo original para distinguirse y señalarse, fué la invención de aquella exagerada cultura de Góngora, que recibió el nombre de *Gongorismo*, y que tuvo en un breve espacio tantos adeptos á pesar de los esfuerzos hechos para impedir su desarrollo por los eminentes genios de Quevedo, Lope de Vega, Rioja y Jauregui, ridiculizándole con tan punzantes como merecidas sátiras (1).

La nueva invención de Góngora, por decirlo así, fué la señal de la decadencia de aquella hermosa poesía castellana que á tan alto grado llegara en este mismo reinado, según hemos tenido ocasión de ver.

Y á tal extremo hubo de llegar en corto espacio el extravío de aquellos ingenios, que aun el mismo grave y discreto Gracian se contagió (2), dejándonos en sus obras más de un ejemplo de aquel grave mal.

La poesía había llegado á su mayor apogeo, y como quiera que el furor de inventar había llegado á su período máximo, la postrera invención había de serle mortal.

De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, y Góngora le dió con tan desdichada suerte para la literatura, que la multitud de prosélitos que adquirió en breve tiempo fueron haciendo decaer nuestra literatura con una rapidez extraordinaria, que contrastaba con la lenta y laboriosa carrera que hubo de hacer para llegar á la inmensa altura, al brillante apogeo en que la hemos visto en este mismo reinado.

Un gran poeta de nuestros días dice hablando de este período: «Así acabó la poesía castellana: en su juventud más tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la había engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentación de una buena dama ricamente ataviada; en Balbuena, Jauregui y Lope de Vega con alguna libertad y abandono, conservan todavía gentileza y hermosura, pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaba de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsivos, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero, y vieja decrepita, no hace más que deslizarse puerilmente, secarse y perecer (3).»

Del mismo mal, de los mismos defectos que acabamos de manifestar respecto á la literatura, adolecieron las artes liberales sufriendo idénticas alternativas.

Como aquella florecieron éstas; se desarrollaron con riqueza y galanura, llegaron á su apogeo, y en el mismo período comenzó también su decadencia.

Desde que el mismo emperador Carlos V había dado el ejemplo no desdenándose en recoger los pinceles del gran Ticiano, había ido prosperando en España el noble arte de la pintura al abrigo de la protección que le dieran lo mismo Carlos que todos sus descendientes.

Felipe IV, tan amigo de los poetas, lo fué también de los pintores, y dos de las debilidades del hombre contribuyeron poderosamente al desarrollo de las nobles artes.

El abandono, la indolencia, la holganza, por decirlo así, en que estaba aquel Rey, que dejaba la gobernación de sus Estados en manos de torpes favoritos, haciale buscar en las musas su recreo, unas veces, y el olvido en otras cuando los respectivos reveses y las inmensas desdichas que hubo de sufrir en su reinado llegaron á lacerar su corazón.

El orgullo y la vanidad que le imbuieron sus ministros pretendiendo, como Olivares, que iban á hacerle el primer monarca del mundo, sirvió de poderoso acicate para el adelanto de la pintura, puesto que queriendo que fuesen trasladadas al lienzo para legarlas

(1) Lope de Vega tenía declarada una guerra de exterminio á lo que él denominaba *gerga cultidiableca*, y en contra de ella escribió aquel celebre soneto que termina:

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?  
— ¡Y como si lo entiendo! — Mientes, Fabio,  
que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

(2) En una de sus composiciones describe la aproximación del estio en los siguientes versos:

Después que en el celeste anfiteatro  
El jineté del día  
Sobre Flezonte toró valiente  
Al luminoso toro,  
Vibrando por rejones rayos de oro;  
Aplaudiendo sus suertes  
El hermoso espectáculo de estrellas,  
Turba de damas bellas,  
Que á gozar de su talie alegre mora  
Encima los balcones de la Aurora.  
Después que en singular metamorfosis  
Con talones de pluma  
Y con cresta de fuego  
A la gran multitud de astros lucentes  
Gallinas de los campos celestiales,  
Presidió gallo el loquaz Fabio Febo,  
Entre los pollas del lindario huevo, etc.

Como se ve nada existe más extravagante y ridículo que el lenguaje usado en esta composición, muestra de otras muchas que se conservan, y que prueban el mal gusto que se iba infiltrando en nuestra literatura.

(3) Quintana, en la *Introducción al Tesoro del Parnaso español*, cap. V.

á la posteridad, todas las escenas de su vida y los cambios de su edad, así como también los grandes acontecimientos que tuviesen lugar durante su reinado, no vaciló en gastar con este objeto cuantiosas sumas que no le hubiesen venido mal para atender á las necesidades del Estado.

Merced á esto, las variaciones que la edad ó los sinsabores iban introduciendo en la existencia de Felipe, las escenas de su vida íntima, las personas de su familia, han sido pintadas por el hábil pincel de Velazquez, pudiendo estudiarse todo este reinado en los cuadros trazados por la mano del gran pintor.

De igual manera, y por consecuencia del mismo defecto, cuantas empresas podían lisonjear el amor propio de aquel Monarca, otras tantas fueron trasladadas al lienzo, y pintores célebres tanto nacionales como extranjeros, ocupáronse sin cesar en la creación de esa multitud de joyas que hoy constituyen nuestro Museo Nacional.

Velazquez marchaba á Italia con el encargo de adquirir los mejores cuadros, las medallas y estatuas más notables que pudiesen encontrar en aquel país, mientras nuestros ejércitos carecían de lo más indispensable, y la victoria de D. Fernando Giron cerca de Cádiz sobre la escuadra inglesa, el triunfo obtenido en Nordhingem, la célebre batalla de Fleurus y otros grandes episodios de la primera época de su reinado, eran trasladados al lienzo por los grandes artistas Leonardo de Vinci, Carducci, Velazquez, Rubens y Van-Dyk, mientras aquellos mismos soldados que llevaron á cabo los hechos que se copiaban se quejaban de falta de pagas, y se amotinaban ó desertaban de una bandera que tan mal correspondía á sus sacrificios.

Natural era que una tan decidida protección por las artes crease también grandes artistas, y Zurbarán y Murillo, y Alonso Cano y Arellano y Rivera el Españolito, á cubierto de las necesidades materiales por la regia munificencia fueron llenando nuestros templos, nuestros palacios y nuestros museos, con sus asuntos místicos los unos, con sus severas é imponentes concepciones el otro, con sus vírgenes aquél, con sus flores éste, y todos ellos con las más ricas y variadas manifestaciones de su genio.

Alonso Cano, pintor, arquitecto y escultor, no fué de los que menos contribuyeron á prestar mayor brillantez á este reinado del arte, ayudándole también otros muchos, que aun cuando no tan notables como él, no por eso dejaron también de contribuir poderosamente á la gloria del arte.

Pero del mismo modo que la literatura, también la pintura, según dejamos indicado en otro lugar, estaba herida de muerte, que nunca están los pueblos, y por lo tanto las glorias que le han dado prestigio, más próximos á su decadencia que cuando han llegado á su apogeo.

«Destinado estaba por desgracia el arte, dice un historiador de nuestros días, á decaer pronto, como las letras, como las armas, como los buenos capitanes, como todo lo que constituye la gloria de un Estado,» y efectivamente razon lo sobra, puesto que comenzaba á vislumbrarse, tras la muerte de tantos esclarecidos artistas, la tenebrosa noche del reinado de Carlos II, que secó, que marchitó todo cuanto restaba de los últimos años del reinado anterior.

Y prueba de ello que en 1660, es decir, pocos años antes de la muerte de Felipe IV y de Murillo, los artistas sevillanos fundaron una academia.

La pintura y el dibujo constituían los estudios que en ella se habían de practicar, comprometiéndose aquellos mismos artistas á facilitar gratis todos los objetos y cuantos útiles necesitaran para la enseñanza de tan noble arte.

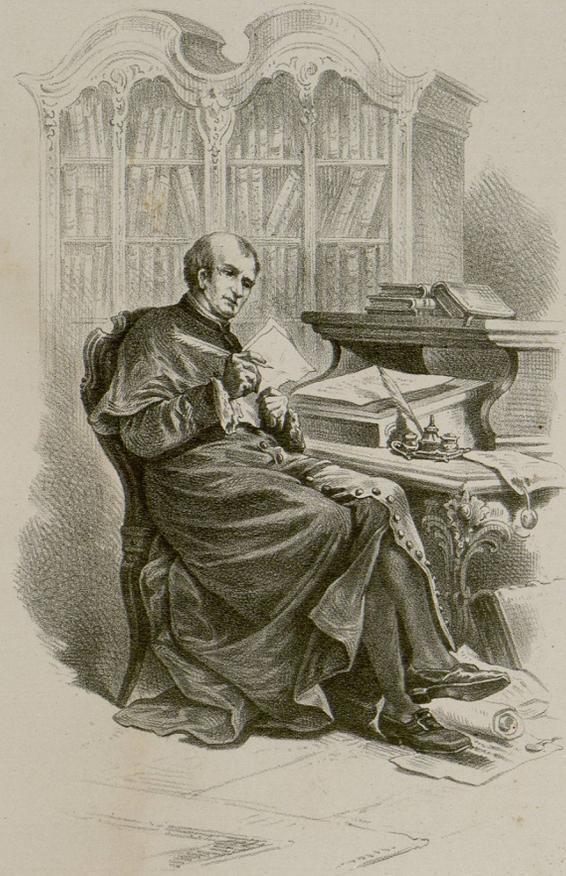
El objeto no podía ser más laudable, los medios empleados para asegurar la existencia de aquello, tan útil como beneficioso no podían ser mejores; todo parecía asegurarle una existencia próspera y feliz, y sin embargo apenas pudo sostenerse veinte años; la falta de profesores y de discípulos, mejor dicho, la carencia de estímulo, la falta de aquella protección real, á cuyo amparo crecieron y se desarrollaron las artes en los anteriores reinados, consiguieron hacerla sucumbir en el de Carlos II.

De igual modo que con la lectura y la poesía aconteció con la música, que hermanas las tres artes, lógico parece que su progreso siguiese la misma escala, siendo idéntica también su decadencia.

Encerrada en nuestros templos aquella música grave impregnada de melodia y de buen gusto, cualidades que le distinguían de un modo notable, la segunda mitad del siglo XVII introdujo también en ella nuevas y notables variaciones.

Las sutilezas del contrapunto fueron ganando terreno, y aquella grave y sencilla armonía tan adecuada al objeto fué sustituida por una escuela nueva llena de ingeniosas combinaciones de difíciles ejercicios y de extraordinaria efectación.

La misma corrupción que se había introducido en las buenas letras fué á corromper también el buen gusto que reinaba en la música, y lo mismo que la pintura, terriblemente heridas de muerte, como ya hemos dicho, en el mismo reinado en que habían llegado á su mayor grado de esplendor, estaban destinadas á sucumbir bien pronto.



J. SERRA, III.

LA VIDAL, Cl. no 27.

EL PADRE NITHARD.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.